

Imágenes del mes de Abril

Dos imágenes del relato de Emaús, que se complementan



“En comulgándolos, desapareció”

Ignacio de Loyola, EE 303

“El comienzo es una presencia gratuitamente dada que sale al encuentro de los hombres en cualquier circunstancia:...en el viaje de vuelta de la desesperanza: *“Nosotros esperábamos... pero ya hace tres días*, Lc 24,21.

Cuando la entrega de Jesús ha suscitado la propia entrega, cuando Su Espíritu ha transformado el corazón, ya no se necesita de Su figura visible; la “aparición” puede desaparecer, Lc 24,31.

La presencia inicial pronto se torna compañía que hace *“arder el corazón”*, Lc 24,32.

Juan de Dios Martín Velasco

Orar para vivir, 2016

Breves notas sobre la Resurrección de Jesús

La Resurrección de Jesús es un misterio que, al desbordar las coordenadas del espacio y del tiempo, se sitúa más allá de la realidad histórica accesible a nuestro conocimiento inmediato y, por tanto, resulta evidente que no podemos lograr un esclarecimiento pleno de lo que la Resurrección es en todos sus detalles. Tenemos que contentarnos sólo con los escuetos datos que nos transmite la palabra de Dios, sin pretender ir más allá de aquellos límites que la propia revelación nos impone.

La contextura más profunda de lo que la Resurrección es, se nos escapa porque pertenece a aquella plenitud futura de unos cielos nuevos y una nueva tierra que, en definitiva, no son otra cosa que la riqueza insondable de la divinidad, meta última del ser y del existir de la creación entera. Por eso no cabe una descripción directa y detallada de la realidad de la Resurrección, ante la que nos hallamos como el ciego de nacimiento ante los colores.

En realidad, los Evangelios nunca nos hablan de un testigo directo e inmediato del acontecimiento puntual de la Resurrección de Jesús: por ésta el Señor abandona el mundo visible, y en lo que encierra de más profundo –“el paso a la derecha del Padre”– desborda la capacidad del ojo humano.

La Resurrección de Jesús no es, por una parte, una *mera realidad subjetiva*, pero, por otra parte, también hay que evitar una *concepción demasiado carnal* de la Resurrección como si ésta fuese un simple retorno a la vida terrena o a una existencia en todo similar a la presente. Lázaro, por ejemplo, al re-vivir, retorna hacia el pasado de la vida terrena, hacia la existencia cotidiana, mientras que la

Resurrección de Jesús significa el avance absoluto hacia el futuro sin retorno, hacia Dios Padre como meta última a la vez que como origen primero de su caminar histórico.

La Resurrección no sólo consiste en que Él vive, sino además y sobre todo, en que es vivificador. La Resurrección de Jesús es una explosión de luz, de vida, de gozo y alegría que se comunica y tiende a expandirse sobre el mundo. Es no sólo salvadora, sino que es la salvación misma; es una fuente que mana en el corazón del universo y una luz que brilla en las oscuras entrañas de nuestra tierra.

Sobre las Apariciones del Resucitado

Los cuatro evangelistas coinciden en que el Resucitado se hizo presente a sus discípulos. Pero ¿cómo entendieron ellos las apariciones del Señor? Con frecuencia las apariciones se conciben como un *mero encuentro objetivo* entre Jesús y sus discípulos, en que Él se les presenta de una forma plenamente accesible al ojo humano. De esta forma cualquiera que estuviese presente en una aparición del Señor, aún sin tener fe, podría percibir su presencia. Pero esto es algo que queda expresamente excluido en el propio Nuevo Testamento: no puede contemplar al Resucitado aquel que carezca de un mínimo de fe y de actitud religiosa, pues el verlo radica en mucho más que en la iniciativa del ojo humano.

Pero si no cabe entender las apariciones desde una *materialidad crasa* tampoco pueden quedar reducidas a una *mera experiencia interior* que brota de la fe o del recuerdo de los discípulos en la palabra o en la actuación del Jesús terreno. Entonces “¿en qué consiste exactamente el fenómeno de la aparición?”, se pregunta un autor moderno y ésta podría ser una respuesta: “*Puesto que la realidad corpórea del Resucitado pertenece a un orden inaccesible para el conocimiento de los hombres, el hecho de ver al Resucitado no se reduce a una visión simplemente física. La visión de los testigos, como contemplación del que ha sido elevado a la gloria y que en un determinado momento se manifiesta, es una cristofanía muy próxima a las teofanías bíblicas*”. E. Rückstuhl-J. Pfammatter

Podemos afirmar, que la aparición del Resucitado participa, por una parte, del dinamismo de la Revelación o manifestación del misterio de Dios, que desborda la pura realidad material. Esto viene expresado en el Nuevo Testamento por el uso de la forma verbal “hacerse ver” o “dejarse ver” (en griego “*ophthe*”), en vez de “ver” o “ser visto”. Esta forma verbal que, aún sin ser la única, es la preferida para expresar las apariciones del Resucitado, era la misma que utilizó el Antiguo

Testamento (LXX), para la aparición de Dios, a quien el hombre no puede ver si Él mismo no se le manifiesta o “se deja ver”. De modo similar en el caso de Jesús: No ve al Resucitado aquel que quiere, sino aquel a quien Él se le muestra. Los Evangelios nos recuerdan que el Señor se aparece a los discípulos “*en otra forma*” distinta a la terrena y que “*sus ojos no podían reconocerle*” (en el camino hacia Emaús: Lc 24,16). Jesús se presenta de repente “*en medio de ellos*”, “*estando las puertas cerradas*” (Lc 24,36; Jn 20,19.26) y súbitamente también desaparece y “*se hace invisible*” (Lc 24,31), lo cual no es propio de un cuerpo puramente material, sometido a las leyes de la física. Pablo, a su vez, nos describe la aparición del Señor resucitado como una luz fulgurante y una voz que se le imponen por su fuerza (cf. Hch 9,3-7; 22,6-10; 26, 13-15).

La presencia del Resucitado es sobre todo una presencia de comunión en una misma vida y en un mismo espíritu. Esta presencia mutua de comunión es ciertamente real y objetiva, pero a la vez desborda el dualismo propio del mero encuentro físico entre dos seres. Por eso no es del todo válida la pregunta de si la aparición del Resucitado es algo puramente exterior o puramente interior. Ni una cosa ni otra. La Resurrección de Jesús implica una presencia *desbordante* y, por ello, *abarcante* del Señor, que derrama su nuevo ser sobre los discípulos y hace presente su Persona (su Cuerpo y su Sangre) sólo a través de un supremo gesto de “entrega y derramamiento” de sí mismo. Él se da totalmente para hacerse uno con nosotros, haciéndonos a nosotros uno con Él (tal como acaece en la Eucaristía), pues la aparición y la presencia viva del Resucitado no queda limitada a los discípulos primeros, sino que se extiende y se prolonga –aunque con rasgos distintos– a la historia posterior de su comunidad hasta el fin de los tiempos.

Para terminar no olvidemos que la aparición acaece en un juego dialéctico, de una presencia que deviene ausencia y viceversa, y al que no es ajena la “memoria”. En la memoria es donde los discípulos van reconociendo también a su Señor y Él va grabando cada vez con mayor hondura Su perfil y Su imagen en el corazón y en la vida de Sus discípulos.

Manuel Gesteira Garza
La Resurrección de Jesús

✠ Relato de Emaús ✠

Lc 24.13-35

De la desolación por desencanto a la consolación ardiente

En el relato de Emaús, el evangelista Lucas recoge la primera aparición del Resucitado a dos discípulos desconocidos en el *primer atardecer* pascual, mientras recorrían el camino hacia la aldea de Emaús. Esta aparición forma parte del ciclo de apariciones en Jerusalem. Es la primera aparición del Señor – en el pasaje anterior sólo se hace referencia a la tumba vacía – en el Evangelio de Lucas.

El camino

El *camino* pertenece al acervo tradicional del lenguaje religioso. Es casi término patrimonial de todas las religiones y es uno de los símbolos preferidos del imaginario religioso judío. En el Nuevo Testamento, la teología joanea presenta a Jesús como el *Camino*, término que acabará designando al cristianismo como fe o como comunidad.

En los estudios exegéticos sobre este vocablo suele recurrirse a la interpretación de Käsemann sobre Hb 3,7-4,13, que afirma “*que el Logos no proporciona una revelación definitiva sino que llama a un camino, cuyo fin muestra en promesa y que sólo se puede alcanzar en unión con Él y Su promesa.*”

Estos discípulos que no forman parte de los Once y de los que sólo conocemos el nombre de uno de ellos, Cleofás, también recorren un *camino*, en su caso circular, ya que comienza y termina en Jerusalem. Van desde la Ciudad Santa a Emaús, una aldea cercana, comentando los acontecimientos de los últimos días y dejándose ganar por una *desolación desencantada*. El Resucitado los acompaña aunque ellos no Le reconocen y es Él quien les interpreta las Escrituras. El *camino* de Emaús es, en su primera parte, *camino* de Presencia de Alguien que ellos todavía no reconocen.

En este primer fragmento del relato se halla la primera parte de la Eucaristía, en la que nosotros vamos a Él por medio de la Palabra. Jesús, apoyándose en las Escrituras del Antiguo Testamento, interpreta Su propia vida para ellos, es decir, el Evangelio, a la luz de lo que habían anunciado Moisés y los profetas.

Al llegar a Emaús los discípulos Le dicen “*quédate con nosotros, pues atardece y ha declinado ya el día*” y el Señor, ante su hospitalidad, accede a quedarse para

cenar con ellos. El *atardecer*, como se verá más adelante, parece que, de alguna manera, va vinculado al tema eucarístico.

Una vez que Le reconocen cuando ha desaparecido, se ponen de nuevo en camino inmediatamente, y los que habían salido de Jerusalem en *desolación por descontento* vuelven allí mismo en *consolación ardiente*, completando así el *círculo*.

La fracción del pan

Al final del relato se dice que Le reconocieron en la *fracción del pan*, que es la expresión que aparece en Hechos como ya típicamente cristiana.

En la primera parte de esta cena se utiliza, sin embargo, el término judío: *“tomó el pan y lo partió”*, pero después cuando los discípulos recuerdan, se refieren a la *fracción del pan*. La *fracción del pan* realizada por Jesús debió tener algo tan original y sublime, que los discípulos Le reconocen por su forma de efectuarla. Además el reconocimiento del Resucitado por los discípulos, expresado en la forma de *“se les abrieron los ojos”*, podría indicar que no se trata de una simple comida profana, sino de la Cena del Kyrios, donde Él se hace presente y los discípulos por la fe captan esa Presencia nueva.

Ante esta aparición surge la pregunta de ¿por qué ha encontrado eco en el Evangelio de Lucas esta aparición a unos miembros desconocidos de la primera comunidad? Orlett da la siguiente respuesta:

“En el relato de Emaús se trata de enseñar a los creyentes cómo llegar a la fe en el Resucitado a través de un camino, de una enseñanza y de un encuentro en la fracción del pan. En esta narración se ejemplifica una experiencia de la comunidad primera por la que ésta participa en sus miembros de las apariciones oficiales a los primeros testigos, participación que acaece sobre todo en el convite eucarístico. Es allí donde el Señor, desbordando la pura materialidad carnal (pues, en principio, no es reconocido por su fisonomía o rasgos físicos) se hace presente en la palabra de las Escrituras y en la fracción del pan.”

Este juego dialéctico de *presencia-reconocer-ausencia* es muy típico de Lucas: es una Presencia que es a la vez ausencia misteriosa y que no coincide exactamente con la persona de Jesús mientras vivía. Es preciso que *“se abran los ojos”*, es decir, la fe porque la Resurrección es algo que excede las posibilidades de los ojos meramente humanos.

La memoria

La memoria no es sólo capaz de acumular los nuevos conocimientos sino, mejor todavía, de ponerlos en relación.

“¿No es verdad que ardía nuestro corazón cuando nos venía hablando por el camino y nos explicaba las Escrituras? (v. 32).

Es una memoria en-ardecida, vinculada al *camino* – Palabra – y a la *fracción del pan*. La presencia del ser humano es una presencia memorial porque no es la presencia del instante, es decir, se trata de la presencia que perdura y, por tanto, que remite al camino anterior de los discípulos con Jesús, re-vivido en la celebración.

No hay presencia humana sin memoria y esto conviene tenerlo en cuenta en relación con la Eucaristía, que es presencia en lo que tiene de memorial, re-vivir re-cordando, porque si no sería una presencia muerta. La presencia eucarística no es la presencia de Alguien que vivió hace dos mil años, sino de Alguien que hace dos mil años recorrió un camino que recordamos y que hoy lo sigue recorriendo. Es una presencia ardiente y dinámica.

La presencia eucarística es relacional. Es de Él con nosotros, pero también de nosotros con Él. Esa presencia viva implica: Palabra, memoria y relacionalidad.

Breve comentario sobre la primera imagen

Esta obra del párroco-pintor alemán Sieger Köder presenta:

Dos escenas laterales antitéticas de desolación-consolación, obscuridad-luz resplandeciente, tedio-dinamismo, calvario-cirio pascual, descenso-ascenso, salida de Jerusalem en *desolación por desencanto* - regreso a la Ciudad Santa en *consolación ardiente*.

En la *primera escena* con el fondo del *atardecer* en el Calvario, donde todavía se pueden ver las cruces y el sol obscurecido, se hallan los dos discípulos leyendo las Escrituras que no entienden y en sus sombras se ve a otro tercer personaje nimbado que los acompaña.

Una escena central, la más importante cualitativa y cuantitativamente, en la que se expresa toda la fuerza del mensaje pascual, expresado en la Palabra, el Pan y el Vino eucarístico y la presencia-ausencia del Resucitado. En el relato de Emaús no hay ninguna referencia al vino. Seguramente el pintor ha querido, de alguna manera,

reforzar la idea de que en Emaús se celebró la Eucaristía, la primera Eucaristía del Resucitado. Esta escena central, con su gran fuerza, es la que transforma la *desolación* de los discípulos en *consolación*.

Según San Ignacio en EE 224, Cristo nuestro Señor trae *el oficio de consolar, comparando cómo unos amigos suelen consolar a otros*.

A un pasado umbrátil le sucede un presente ardiente y desde éste se pasa a un futuro luminoso.

La des-aparición, ausencia-ascenso del Señor continúa siendo a través de los tiempos presencia ardiente por la Resurrección.

En la *escena central* también hay una mesa del Pan y la Palabra, cubierta por un blanco mantel, en el que aún se notan los dobleces con las que había sido guardado.

Integran la Mesa de la Palabra:

Un rollo escrito en hebreo con el texto de Is 53,5:

“Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz y con Sus cardenales hemos sido curados.”

Una hoja de pergamino con el texto de Platón, Polit 36,1e-36,2a:

“Aquellos que anteponen la injusticia a la justicia dicen que el justo será encadenado, azotado, torturado, cegado de los dos ojos y finalmente, después de que haya soportado todo el mal posible, será crucificado y entonces comprenderá que no se tiene que ser justo sino parecerlo.”

Un códice en alemán con es texto de Lc 24,26:

“¿No tenía el Cristo que padecer esto y así entrar en Su gloria?”

En la Mesa del Pan hay dos comensales vestidos de azul y rojo respectivamente y con el talit hebreo, lo cual indica que se trata de judíos piadosos, que aún conservan su religión y que consideran que se hallan en un lugar de oración. Uno de ellos, el que está vestido con túnica *azul*, sostiene en su mano derecha el pan, su cabeza está cubierta por el talit y su actitud es de recogimiento y concentración con los ojos cerrados y ajeno a lo que ha sucedido a su alrededor. El discípulo vestido de *rojo* sostiene el vaso de vino con su mano izquierda mientras la derecha

parece estar en actitud orante. Tiene la cabeza descubierta y mira hacia arriba, se ha hecho consciente de que Jesús ha desaparecido.

En la *tercera escena*, los discípulos llenos de gozo y alegría por este encuentro con el Señor regresan inmediatamente a Jerusalem, aunque ya era de noche y no parecía razonable, pero ellos ahora están invadidos por la Fuerza del Espíritu. Uno alumbra el camino con el cirio pascual y el otro lleva las espigas, que se convertirán en pan. Tanto la escena central como esta última están inmersas en una Luz roja, la Luz ardiente del Espíritu.





Breves Reflexiones sobre la segunda imagen

Esta obra y la anterior del mismo autor, Sieger Köder, forman un conjunto que proyecta luz sobre la contemplación de la **Aparición del Resucitado a los Discípulos de Emaús**, aunque en esta imagen no aparecen.

- ✦ Al fondo, en el Gólgota donde todavía se pueden ver las cruces de las que pendieron los ajusticiados, vemos una luminosa puesta de sol al atardecer del primer día de Pascua.
- ✦ Delante, la Mesa del Pan y de la Palabra resplandece claramente iluminada por la Luz de la Resurrección.
- ✦ Hay un *camino* luminoso que va desde el Calvario a la **mesa eucarística**; es el *camino* que recorrieron los discípulos de Emaús, *camino* que pasa por un campo de doradas espigas de trigo y de rojas amapolas; trigo que será eucaristizado y amapolas rojas que hacen referencia a la Pasión del Señor todavía muy reciente.
- ✦ A derecha e izquierda, y en fuerte contraste con la luminosa Mesa de la Palabra, vetero y neotestamentaria, y de la Eucaristía, oscuros cardos y espinos “delimitan” la escena.
- ✦ A la derecha aparece un importante texto veterotestamentario en un pergamino muy antiguo: **“Yo soy el que soy”**, referencia a la “zarza que arde y no se

consume”, a la Presencia de Dios y a Moisés, en colores amarillentos apagados, sobre el que se asienta, resaltando fuertemente, el Nuevo Testamento.

- ✦ **Ex 3,2 y Lc 24,32:** en ambos textos aparece el verbo griego **καίω** – **arder**, en el segundo caso evidentemente en sentido figurado, en referencia a la presencia de Dios en el Antiguo Testamento y de Jesús en el Nuevo Testamento.
- ✦ Sobre un blanco mantel que aún conserva las marcas de haber estado doblado, “se focaliza”, en la parte central del cuadro, el Nuevo Testamento, varias rebanadas de pan partido y las formas eucarísticas actuales. Entre las dos primeras rebanadas del pan partido “*queda aprisionada*” la hoja neotestamentaria, como signo de la unidad “inseparable” del Pan y la Palabra. En el libro abierto del Nuevo Testamento se lee:
“Al llegar a la aldea donde iban, Jesús hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos Le insistieron, diciendo: Quédate con nosotros porque está atardeciendo y ha declinado ya el día.” Lc 24,28-29.
- ✦ *“La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles, el Pan de Vida tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la sagrada Liturgia.”* Dei Verbum 21.
- ✦ La Hostia grande está dividida en tres fracciones, de las cuales una de ellas, la más pequeña, con forma de triángulo equilátero, podría hacer alusión al **fermentum eucarístico** y al rito de la **conmixión**.
- ✦ *A la izquierda, en el borde inferior del cuadro, aparece una rosa roja, que se puede interpretar como una expresión del significado de la palabra Eucaristía, como una expresión de gratitud. Ante la autenticidad de la Presencia que se halla detrás de esta imagen, se podría pedir a Jesús: “¡Señor, danos siempre este pan!”* (Theo Schmidkonz S.J.)
- ✦ El fundamento teológico del Leccionario, es decir, de la distribución que la Iglesia hace de las Lecturas del Antiguo y Nuevo Testamento correspondientes a cada día, en las que se interpreta la vida de Jesús a la luz del Antiguo Testamento, se halla ya en el relato de Emaús:

“Empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre Él en todas las Escrituras”, Lc 24,27.

✦ *“Y tú, si deseas tener vida, haz como hicieron ellos en orden a reconocer al Señor. Ofrécentle hospedaje; hace además el Señor de pasar adelante; Le retienen, y en llegando que llegaron al término del camino, Le dicen: “Quédate, Señor, con nosotros porque anochece”. Hospeda tú al peregrino si quieres reconocer al Salvador. La hospitalidad les devolvió lo que les había quitado la infidelidad, y el Señor manifestóseles en la Fracción del Pan. Aprended, pues, dónde habéis de buscar, poseer y reconocer al Señor: en la Mesa.”*

San Agustín de Hipona

Algunas otras iconografías de la Cena de Emaús

En los cuatro cuadros que Sieger Köder pintó sobre la cena de Emaús hay una clara expresión iconográfica de que la cena de Emaús fue una Cena Eucarística, pero no todos los estudiosos del tema están de acuerdo a este respecto.

Josef Schmid, por ejemplo, se expresa así: *“Aunque desde los Santos Padres (latinos) hasta hoy se ha afirmado repetidamente que les administró la Eucaristía, tal afirmación no puede deducirse del texto mismo ya que Lucas utiliza el término “fracción del pan” (v. 35) en que se basa la hipótesis, no sólo para la designación de la Cena del Señor en las comunidades paleocristianas (Hch 20,7.11) sino también para las comidas diarias en común de la comunidad primitiva (Hch 2,42.46) en que no se celebraba la Eucaristía. Por otra parte, aquí (v. 35) “la fracción del pan” designa no toda la comida, como en los Hechos de los Apóstoles, sino sólo el acto mismo de partir el pan acompañado de una fórmula de alabanza o bendición, con la que se iniciaba toda comida judía. Contra la interpretación eucarística de la cena de Emaús habla también el hecho de que los dos discípulos, por no pertenecer al círculo de los Doce, no habían estado presentes en la institución de la Eucaristía, y, por ello, hubieran recibido el cuerpo del Señor sin saberlo.”*

Tampoco Jesús pronuncia en esta ocasión la fórmula consagratoria sobre el pan, ni tampoco hay ninguna referencia al vino.

Una representación interesante de la cena de Emaús es la que se halla en el **Codex Egbert**, importante obra de de los manuscritos iluminados otomanos. Fue encargada en el scriptorium del monasterio de Reichenau para el Arzobispo de Trier, Egbert entre los años 980-993. Este Evangelionario contiene el ciclo iconográfico más antiguo que se conserva con representaciones de la vida de Jesús.



En el *Salterio de Albani*, manuscrito iluminado inglés del siglo XII, en la cena de Emaús hay pan y peces, evocando la multiplicación de los panes y de los peces. En la segunda imagen Cristo desaparece ascendiendo, ya que todavía son visibles sus pies, de forma similar a la utilizada para expresar su Ascensión en el ámbito anglosajón.



Curiosamente en estas tres últimas imágenes la cena de Emaús se celebra dentro de un castillo almenado. La causa de esta extraña iconografía puede estar en la mala traducción del término griego *κωμη* (aldea) por el latino *castellum*, que fácilmente podría interpretarse como castillo.

Atardeceres eucarísticos

El atardecer, ese espacio de tiempo en que para los judíos termina un día y comienza el siguiente, parece tener una importante relevancia en los textos del Nuevo Testamento relacionados más o menos directamente con la Eucaristía.

- ✦ “*Vespere facto*” “llegado el *atardecer*”, Mt 26,20.
- ✦ “*Vespere facto*” – “llegado el *atardecer*”, Mc 14,17.
- ✦ “*Advesperascit*” – “*Atardece*”, Lc 24,29.

También en los relatos de la Multiplicación de los Panes y de los Peces (Mc 6,35; Mt 14,15; Lc 9,12;) se hace referencia a que el día ya atardece.